

Civilización y barbarie

Dr. Samuel Arbiser

Este artículo está basado en mis respuestas a una encuesta de la revista *Topía*, y publicada en ese medio en el número marzo/julio de 1999. La presente versión se diferencia considerablemente en forma y contenido de publicada en dicha revista.

El psicoanálisis se gestó cuando el hombre pudo tomar cierta distancia del bien y del mal, por lo menos en sus versiones más pedestres. Esa distancia le permitió desbrozar la compleja psicosexualidad humana y, en particular, las así llamadas perversiones. De este modo el discurso científico despejó y neutralizó tanto la salacidad morbosa por una parte, como el tradicional discurso moral por la otra. Pero, más aún, el psicoanálisis desbarató la simplista y maniquea concepción de la bondad o la maldad de los seres humanos, hasta ese entonces tan arraigada en el imaginario colectivo. Es así que, cuando Freud (1916/7) cita a Platón en la frase “*el hombre bueno sueña lo que el hombre malo hace*”, desnuda la complejidad de los componentes que anidan en el psiquismo humano.

Dado que esta última afirmación podría ser entendida como argumento para sustentar un radical relativismo ético, me apresuro a declararme más afín a la trabajosa y modesta ampliación de las fronteras de la ciencia en su interacción con la ética, que a la expeditiva destitución de ésta. En este trabajo me ocupo de las nociones de *civilización y barbarie*, a mi entender cercanamente emparentadas a las del bien y el mal, más no sea porque al ser abordadas por un psicoanalista, tanto unas como otras requieren ciertas salvedades epistemológicas.

En sentido estricto, *civilización y barbarie* no constituyen conceptos psicoanalíticos ni categorías psicopatológicas, sino que son términos que denotan cualidades de las relaciones interpersonales en el nivel colectivo de la organización social. Sin embargo, en un intento de aproximación desde la mirada de un psicoanalista, a la civilización se le adjudica un funcionamiento de estas relaciones sustentado en el reconocimiento del “prójimo” como otro

ser, autónomo y diferenciado (alteridad), al que se le debe la misma consideración que reclamamos para nosotros, bajo un sistema ordenado y previsible que garantice el respeto de los derechos elementales de cada uno y del conjunto; mientras que la barbarie se sustenta en la más diversa gama de desconocimiento de tal alteridad y consecuente desconsideración por el “prójimo” (especularidad), que implica una organización colectiva donde gobierna la arbitrariedad y la imprevisibilidad, impuestas por la fuerza y/o la inescrupulosidad.

En lo que sigue, me referiré -en una primera parte- a los aspectos de la teorización de Freud referidos al tema, especialmente en sus “trabajos sociales”. En una segunda parte intentaré compatibilizar dicha temática con algunos aspectos de la actividad clínica psicoanalítica; y una en una tercera parte aprovecharé esa temática para una reflexión acerca de la comunidad psicoanalítica tomada en su conjunto, tratando de poner en consideración para la discusión algunos temas generales de esta particular prestación.

I) Aporte de Freud a la relación civilización y barbarie

La relación entre el funcionamiento psíquico y los fenómenos sociales y culturales fue una preocupación constante a lo largo de la extensa obra escrita de Freud; incluso proponiendo audaces paralelos entre la dimensión individual y la colectiva. Basta recordar como muestra, que el creador del psicoanálisis, en su libro *Tótem y Tabú* (1912/3), visualizaba a la neurosis obsesiva como una religión privada, caricatura de las religiones en general; comparaba la histeria con la creación poética y el delirio paranoico con los sistemas filosóficos. Además, el conflicto entre las pulsiones que pretenden expresarse en la acción o en la conciencia y los obstáculos sociales y culturales que lo impiden, ya sea desde fuera o ya sea desde dentro - internalizados en el superyo-, constituye la hipótesis de última instancia de su teoría de las neurosis. Más aun, este autor pretende iluminar la génesis de la sociedad y la cultura aplicando el método de reconstrucción histórica propio de la clínica psicoanalítica como puede apreciarse en su monumental libro *Moisés y la religión monoteísta* (1938) o, en el ya mencionado *Tótem y tabú*. En este último y, asumiendo sugerencias de Darwin y Atkinson,

propone un punto mítico de inflexión en el que se originaría la sociedad, la religión y la moral a partir del parricidio perpetrado por la “alianza fraterna”. De este modo, en cada complejo de edipo individual se reproduciría -en forma condensada- el origen histórico de la humanización del “homo sapiens”. Las producciones culturales -para él- se construirían con los remanentes de las pulsiones sexuales sublimadas, inutilizables para la satisfacción sexual directa.

Aunque en la actualidad, desde la antropología y la sociología modernas, algunos de estos aportes freudianos podrían juzgarse como viciados de un evolucionismo lineal e incluso criticarse -con cierta razón- de reduccionismo psicologista, no se les pueden negar, sin embargo, una coherente ensambladura con el corpus conceptual psicoanalítico. Para Freud, como consecuencia del parricidio -acontecimiento decisivo- se pasa de un agrupamiento (supuestamente) pre-social -“la horda”- , sustentada en el poder irrestricto del “padre primordial”, a una organización social de complejas reglas de distribución y selección – prohibiciones y permisos– en la administración del poder, los bienes y los objetos sexuales. A grandes rasgos, a partir del parricidio la voluntad excluyente del “padre primordial” todopoderoso es reemplazada por una “ley” externa al mismo, a la cuál todos los hombres deben sujetarse por igual: *el tabú de incesto y la religión totémica*, precursores de los mandamientos de las religiones modernas. Si bien, como ya he mencionado, para la ciencia actual puede resultar inconcebible algún período humano sin alguna forma de organización social -incluso en el reino animal existen complejas y sofisticadas organizaciones -, y resulte difícil aceptar a las formaciones y producciones culturales como una excrescencia de la libido desexualizada, puede rescatarse, sin embargo, de toda esa teorización freudiana el planteo de la interminable alternancia entre el imperio de la ley y el imperio de la fuerza en las relaciones humanas. Justamente Einstein y Freud (*Porqué la guerra* [1932]) habían discutido este tema en términos similares a los aquí planteados utilizando la oposición *derecho y violencia*¹. El mundo en el que vivimos nos tiene acostumbrado a las persistentes oscilaciones entre la

¹) Véase mi artículo titulado *Psicoanálisis y Guerra* (pag. Web de la ALHP) donde hago una síntesis y comentarios de este trabajo de Freud.

sujeción a la ley y el imperio de la fuerza, o el derecho y la violencia, o en definitiva, entre la civilización y la barbarie. En el siglo XVII, en la Inglaterra marcada por penosas luchas políticas esa monótona alternancia en las relaciones humanas se pueden ilustrar con el contrapunto entre el pensamiento de Thomas Hobbes a través de su *Leviatán* (1651) y el de John Locke con su *Segundo tratado sobre el gobierno civil* (1689). Mientras Hobbes propone un *contrato* entre un estado omnipotente -el leviatán (monstruo marino del Antiguo Testamento)- y los demás humanos considerados “lobos” entre si, que, sin la tutela de ese poderoso estado lucharían todos contra todos hasta la exterminación, Locke propone, por lo contrario, restringir el poder omnímodo del estado a través de la división de los poderes, al que Montesquieu (*El espíritu de la ley*, 1748) agrega la separación del poder judicial. Basta una simple observación de nuestro entorno y de la historia, para reparar que ni estos valiosos aportes en el terreno secular, ni los mandamientos de los libros sagrados de las religiones nos han permitido encontrar todavía los sistemas eficaces para mitigar los horrores de la *barbarie* y hallar formas *civilizadas* definitivas más aptas para la convivencia entre los seres humanos². Probablemente debamos resignarnos a no encontrarlos nunca y, en la ya aludida alternancia, se sustente la dinámica que mueve caprichosamente la rueda de la historia de la humanidad.

También, nuestra historia contemporánea deja bastante que desear como *civilización*. Apenas dejamos atrás recientemente la culminación de un siglo y milenio pródigo en las peores muestras de guerras de exterminación, despotismos y fanatismos para nombrar sólo algunas de las calamidades más sonadas. Las desigualdades en lo cultural, social y económico, incubadoras de guerras (op. Cit., Freud, 1932), no pudieron ser resueltas ni mitigadas, a pesar del portentoso progreso científico y tecnológico. Es más, este progreso pareciera ahondar más la brecha entre poseedores y desposeídos, lo cuál exacerba, por una parte, la arrogancia despectiva de los poseedores y, por la otra, la violenta envidia destructiva que anida en el alma humana de los desposeídos; y que es aprovechada con el pretexto reivindicativo en el nivel

²) Recomiendo la lectura de *El viaje del profesor Caricat* de Steven Lukes, considerada por los críticos una “fábula moral”, en la que se hace una caricaturesca y divertida crítica a los diversos sistemas políticos que

colectivo por líderes oportunistas que asumen el rol de portavoces del odio y la violencia. Y es así que en el siglo XX no dejaron de ensayarse modelos diversos de convivencia y de distribución de los bienes: fuimos testigos de los fracasados ensayos colectivistas (comunismo, fascismo, nazismo) o de exacerbado individualismo autista (capitalismo salvaje). Los albores del siglo XXI, que estamos asistiendo, no parecen más promisorios: la exacerbación de beligerantes fanatismos religiosos y la proliferación del terrorismo, y los no menos violentos e insensatos intentos de neutralizarlo no nos proporcionan demasiado margen para el optimismo. No obstante, como se señaló antes, la perseverancia sin desmayo en la búsqueda pacífica de sistemas mejores, capaces de lograr una distribución lo más justa posible de los bienes y las oportunidades, salvaguardando a rajatabla el respeto por la diversidad humana, es la “zanahoria” asintótica que nos mueve para adelante. Jamás podremos lograr la perfección ideal; pero no debemos desdeñar por eso el promisorio camino de lo perfectible; camino estrecho en el que nos acechan, por un lado, la exacerbación de las odiosas desigualdades y, por el otro lado, los intentos -igualmente letales- de disolver la diversidad humana.

II) Civilización y Barbarie en la clínica psicoanalítica

Cabe ahora preguntarse si son pertinentes a la clínica psicoanalítica las categorías de civilización y barbarie o del bien o del mal. Decididamente, la respuesta inmediata es negativa. No hay correspondencia semántica entre estos términos y las conformaciones del psiquismo normal o patológico. Tampoco es convincente afirmar que en las sociedades más civilizadas donde prime el respeto del prójimo y una mejor distribución del poder y los bienes, las personas -individualmente consideradas- sean menos neuróticas o psicóticas. Se podría afirmar casi lo contrario: que en estas sociedades esos padecimientos son mejor registrados y atendidos en virtud de no ser encubiertos por las plagas generales de la pobreza, el despotismo y la inequidad de las sociedades atrasadas y/o totalitarias. No puede olvidarse que el psicoanálisis nació y se expandió en el seno de la opulenta burguesía vienesa en las

prometen la resolución definitiva de los problemas de convivencia humana.

postrimerías del pomposo imperio austrohúngaro; y esa expansión se materializó sólo en aquellas sociedades más o menos prósperas y aceptablemente democráticas. Y que, por otra parte, se eclipsó o declinó cuando gran parte de Europa cayó bajo la terrorífica influencia tanto del nazismo como del comunismo.

Sólo forzando la imaginación, y haciendo ingentes salvedades epistemológicas, sería posible equiparar el nivel colectivo con el nivel individual, para aplicar en este último las categorías de civilización y barbarie³. Bajo estas condiciones restrictivas cabría distinguir todavía entre un andarivel de la sicopatología y un andarivel de la práctica clínica misma. Desde la sicopatología se podrían comparar algunos cuadros individuales con, lo que en sentido colectivo, llamaríamos *barbarie*; y serían aquellos casos en que la sintomatología se expresara mayormente en el área de las distorsiones en las relaciones interpersonales, (área 3 de J. Bleger) ; a saber, en las diversas formas de psicopatía y las perversiones sado-masoquistas; en el control despótico que infligen a sus allegados los neuróticos obsesivos; en las torturantes relaciones personales de los paranoicos y melancólicos, en la extorsiva relación de muchos drogadictos, anoréxicos y bulímicos con sus familiares, para dar sólo algunas muestras. Y en cuanto a la práctica clínica, la barbarie podría darse en las múltiples formas de relación distorsionada entre paciente y analista: los abusos que este último puede cometer (sexo, dinero, información, prolongación indefinida de la duración de los tratamientos) bajo el amparo del poder de la transferencia son los más notorios⁴. La relación analítica propia de los tratamientos es en si misma una relación humana que se sostiene en un delicado equilibrio, en tanto que por la naturaleza de su estrategia terapéutica son convocadas, por una parte, las pasiones más potentes y peligrosas; y por la otra debe resguardarse de las tentaciones de consumación en acto de dichas pasiones. La más amplia tolerancia a las imperfecciones y debilidades de los pacientes se conjuga a una técnica cuyo eje gira en torno a una actitud ética

³) Un intento de establecer precisiones entre el nivel individual y colectivo puede verse en mi trabajo titulado *Psiquis y Cultura* (Arbiser, S., 2003).

⁴) Un instructivo catálogo de estos ejemplos puede verse en *Ethics Case Book of the American Psychoanalytic Association* Editado por Paul A. Dewald, M.D. y Rita W. Clark, M.D. ApsA.

irrestringida por parte del analista. La mentada dependencia infantil, reactivada en la situación de transferencia expone al paciente a abusos que si fueran consumados transformarían el objetivo terapéutico en iatrogénico, operándose de esta manera una verdadera *barbarie*.

Pero ahora, forzando menos la imaginación y sin herir demasiado nuestra sensibilidad epistemológica, cabría preguntarse si el psicoanalista, desde su lugar de teórico, puede reconocer los factores intra-psíquicos que harían surgir la *barbarie* en el nivel colectivo cuando las condiciones del contexto fueran propicias. Si convenimos a definir la *barbarie* como un fenómeno en el que está en juego un abuso –en cualquier dimensión- del poder, y *civilización* a una administración equitativa y mesurada del mismo, despojada del interés propio inmediato, podríamos percatarnos cuán vulnerables somos los seres humanos para padecer el fenómeno, tanto en forma activa como pasiva.

Se enumerarán algunos factores que lo facilitan:

- a) La precariedad del equilibrio narcisista que mueve a aferrarse tenazmente a la más mínima cuota de poder para intentar restablecer dicho equilibrio. Además, en las estructuras de personalidad narcisista el “tercero” no es registrado como alteridad sino como prolongación de uno mismo.
- b) La envidia destructiva destinada a atacar toda diferencia y todo bienestar (hasta el propio).
- c) La neutralización deficiente de las pulsiones sádicas o masoquistas responsables de la necesidad de ejercer o padecer la crueldad.
- d) La fijeza en la estructura de los ideales que impiden o entorpecen la lectura actualizada de la realidad interna y externa y la plasticidad que emana del aprendizaje por la experiencia. Aquí se incluyen los fanatismos religiosos, ideológicos o incluso posturas científicas o psicoanalíticas, cuando éstas adquieren un carácter dogmático renuente al examen crítico.

En cambio, pueden contarse como facilitadores de relaciones más civilizadas el reconocimiento y la consideración del prójimo como tal, tanto como el reconocimiento de la dimensión colectiva de nuestra existencia. Ambas condicionadas a *la tolerancia a las diferencias*, inherente a un control o neutralización de la “envidia destructiva” (M. Klein, 1952), o de Tánatos (Freud, 1930). También implica haber alcanzado un desarrollo psicosexual aceptable en el pasaje y resolución del Edipo (Freud - Abraham). Una forma que propongo de entender el dispositivo “Edipo-Castración”, no es otro que el procesamiento, con mayor o menor éxito, de la posibilidad de la diferenciación entre yo-no yo, adulto-niño, masculino y femenino, ...vida y mortalidad en última instancia. En otro esquema referencial (Fairbairn) el desarrollo evolutivo puede visualizarse como el tránsito de la “dependencia infantil” a la “dependencia adulta”; en mis propia terminología, a relaciones interpersonales en términos de “interdependencia” que admitirían percatarse de la dimensión colectiva aludida anteriormente. La conciencia de esta interdependencia es, a mi entender, decisiva en las relaciones humanas civilizadas y nos permitiría eludir la alternativa dilemática entre individualismo y colectivismo: si a alguien se le ocurre tirar una “bengala” en un lugar concurrido, cerrado y combustible, su satisfacción individual pone en grave riesgo al conjunto, que a su vez lo incluye.⁵ En cuanto a la estructura de los ideales, una permeabilidad óptima de la misma, permitiría una introspección crítica acorde a la experiencia vital real, que nos sustraería de una lectura de la realidad estereotipada y anacrónica, en muchas ocasiones sesgada por la lente de las ideologías dominantes en los diversos sectores sociales; pero, en el otro polo, una estructura de los ideales inconsistentes o exageradamente permeables convierte a los individuos en candidatos a constituir masas expuestas a la manipulación de líderes inescrupulosos y a los más diversos fanatismos.

III) Civilización y barbarie en el movimiento analítico

⁵) Como ocurrió en Buenos Aires en Diciembre de 2003 en un conocida “disco” que costó la vida de casi dos centenares de jóvenes.

¿Causa o disciplina científica?

A mi entender sería deseable que *'el psicoanalítico'* dejara de ser *'movimiento'* o *'causa'* por la connotación militante-iniciática de estos términos, para afirmarse más como disciplina científica y como un método sofisticado de exploración y terapéutico de la mente. En ese orden, y atendiendo a la decantación que el transcurrir del tiempo impone, preferiría amortiguarle el carácter "épico" o "subversivo" que sí se justificaba cuando Freud y sus primeros discípulos "luchaban" para que la disciplina y el método sean reconocidos. En ese mismo orden aspiraría a una mayor inserción del psicoanálisis en el mundo académico y que pueda, como disciplina, dialogar más con otras áreas científicas. Si bien es cierto que en el consultorio se lidia con el proceso primario, eso no autoriza a escribir en "proceso primario", ni en lenguajes herméticos ni incompresibles para comunicarnos en el nivel disciplinal. Esto lo obligaría a abandonar, en lo posible, las jergas de "parroquia" para adoptar un lenguaje más apto para tales intercambios.

¿Parroquias o concertación conceptual?

Freud creó el psicoanálisis a lo largo de toda una vida, construyendo un monumental edificio conceptual. Este edificio, en muchos aspectos incompleto y, por consiguiente, abierto al crecimiento se enriqueció con el aporte de pensadores contemporáneos a él y otros que lo sucedieron; pensadores que fueron diversificando y actualizando dicho edificio. Sin embargo la observación desapasionada de la realidad actual de la comunidad psicoanalítica nos permite ver el uso de los nombres de esos autores como estandarte diferencial (el shibolet) de múltiples grupos de pertenencia: hay freudianos, lacanianos, kleinianos, postlacanianos, postkleinianos, winicottianos, kohutianos y demás. Y esta realidad lleva a hacerse la espinosa (pero imprescindible) pregunta acerca de si los analistas son más fieles a sus autores "estandarte" que a las necesidades de la salud mental de sus pacientes. Por eso abogo por honrar el nombre de los pensadores aludidos integrando sus aportes al corpus conceptual amplio y concertado de paradigmas y disminuyendo su uso como distintivo de parroquia. (Lamina 12)

Dimensión profesional:

De las múltiples razones que explicarían el punto anterior, cabría atenderse a la siguiente reflexión. El movimiento psicoanalítico está instalado en la cultura, y los profesionales que utilizan ese instrumento están insertos en la misma estructura económica de la sociedad que los demás. Por consiguiente están expuestos a los mismos mensajes culturales y a las mismas exigencias del mercado. Por eso sostengo que el ejercicio clínico del psicoanálisis no solo está sujeto a su heterogéneo cuerpo teórico y técnico, sino que, además tributa a las fuerzas que regulan el ejercicio profesional en el mismo ámbito donde se desempeña. Debemos reconocer que los psicoanalistas, que no son otra cosa que una pequeña muestra de una población con experiencia de análisis personal (en el mejor de los casos), funcionan –a grandes rasgos- y no obstante tal experiencia, con las mismas dinámicas (a veces con las mismas pasiones indeseables) que los demás conjuntos humanos cuando están en juego la puja por los espacios institucionales y el poder. En la actualidad la disputa por porciones de exiguuo mercado de pacientes y de estudiantes provoca intensos conflictos entre la identidad científica y la identidad profesional del psicoanalista. Y, por qué negarlo, en la diversidad cualitativa de esa disputa, también se ponen en juego la civilización y la barbarie. Aclaro: no califico como barbarie a la disputa, que entiendo inevitable, sino a la cualidad que ésta puede asumir.

Concluyendo:

La invitación a responder acerca de los términos, y la oposición entre “civilización y barbarie” en su aplicación al psicoanálisis me obligaron –en la presente versión- a reflexionar y exponer algunas de mis ideas que a continuación voy a enumerar:

- a) La necesidad de discriminar entre el nivel colectivo y el nivel individual del objeto de escrutinio; en este caso la sociedad y la psiquis. Y una vez discriminado, examinar la complejidad de la relación de interdependencia entre ambos niveles (op. Cit. Arbiser, S. 2003).
- b) Trazar un visión sintética de las principales ideas de Freud que atañen a la alternancia entre la civilización y la barbarie o, para él, “el derecho y la violencia”, a través sus conocidos “trabajos sociales”. Alineado en lo fundamental de sus posturas, me permití abarcar mi propia mirada crítica a los acontecimientos presentes e históricos para intentar concientizar el

pernicioso dilema de las ideologías dominantes cuando funcionan de manera acrítica; especialmente entre el colectivismo -aplastante nivelador de la diversidad humana- y el individualismo autista, que desconoce la dimensión colectiva de nuestra existencia.

Personalmente –insisto- sostengo el respeto irrestricto a la diversidad humana, siempre que se registre dicha dimensión colectiva o, en otros términos, la interdependencia entre los hombres. Abogo por la necesidad de que el psicoanalista complemente sus indelegables conocimientos sobre las dinámicas del psiquismo con el interés de conocer también las diferentes y complejas dinámicas que mueven el mundo en el que vivimos.

c) En relación al ejercicio de la clínica psicoanalítica, diferenciar aquellas patologías en que las relaciones interpersonales de los pacientes con su entorno son afectadas, de las distorsiones o anomalías en las relaciones entre paciente y analista, que pueden darse en la práctica clínica. También cabe enumerar algunos factores del psiquismo que hacen vulnerable a la barbarie a las personas cuando las condiciones del contexto histórico son propicias.

d) Propongo que, en la consideración de la práctica clínica del psicoanálisis, se considere su indisoluble inclusión en el medio social y, consecuentemente, en la inevitable sujeción a los usos, costumbres y leyes de la actividad profesional, inherentes a dichos medios. Dado que, las consecuencias de esta inclusión son poco registradas y atendidas, recordaría que, así como el yo es vasallo de tres amos (el ello, el superyo y la realidad externa), también el psicoanalista está tironeado por la teoría, la teoría de la técnica y, no menos, por su inserción profesional en una sociedad regida por las leyes del mercado.

Bibliografía

Abraham, Karl (1924).- “Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales” en *Psicoanálisis Clínico*, Ediciones Hormé (1959), Buenos Aires.

Arbiser, Samuel (1999).- Civilización y barbarie, *Topía*, Revista (1999, Marzo/Julio)

----- (2003).- *Psiquis y Cultura*. Psicoanálisis APDEBA.

----- (2004).- *Psicoanálisis y Guerra*, Página Web de la Asociación

Latinoamericana de Historia del Psicoanálisis. www.alhp.org

APdeBA - Maure 1850 - Tel. 4775-7985
<http://www.apdeba.org> / secretaria@apdeba.org

- Bleger, José (1963).- *Psicología de la conducta*. Eudeba. Buenos Aires
- Freud Sigmund (1912/3) Tótem y Tabú. Amorrortu Ediciones
- (1921) Psicología de las Masas y Análisis del yo. Amorrortu Ediciones.
- (1930) Malestar en la Cultura. Amorrortu Ediciones
- (1932) Porqué la guerra. Amorrortu Ediciones.
- (1938) Moisés y la Religión Monoteísta. Amorrortu Ediciones
- Hobbes, T. (1651).- Leviatán, citado en *Libros: lo que hay que leer*, Zschirnt, Christiane, 1ª. Edición, Buenos Aires, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2004.
- Klein, Milanie (1952) Envidia y Gratitud, en *Las emociones básicas del hombre*, Editorial Nova , 1960.
- Locke, John (1689).- Segundo tratado sobre el gobierno civil, citado en *Libros: lo que hay que leer*, Zschirnt, Christiane, 1ª. Edición, Buenos Aires, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2004.
- Lukes, Steven (1997).- *El viaje del profesor Caricart*, Tusquet editores, 1997.
- Montesquieu, (1748).- El espíritu de las leyes, citado en *Libros: lo que hay que leer*, Zschirnt, Christiane, 1ª. Edición, Buenos Aires, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2004.
- Paul, A. Dewald, MD y Rita W. Clark, MD (2001). *Ethics Case Book of the American Psychoanalytical Association*,

Descriptores:

Cultura, Religión, Totalitarismo, Alteridad, Derecho

Samuel Arbiser
Marzo de 2008